

de la voluntad; pero es lo cierto, que no hay nada más propio para ayudarle en esta tarea, que la gracia del sacramento. Su primer acto de perfeccionamiento da por resultado, el purificar el amor de los apetitos de la carne y de las ilusiones de la fantasía, fijándolo en su verdadero y legítimo objeto.

Esto es sólo el primer acto; porque la purificación completa, el perfeccionamiento supremo del amor natural, viene del Espíritu Santo, que por la gracia del sacramento se transforma en amor cristiano. Sobre este punto oigamos las bellas y dulces palabras de S. Francisco de Sales:

«Exhorto sobre todo á los casados, al amor mutuo que el Espíritu Santo tanto les recomienda en la Escritura; ¡oh casados! no es decir nada, amaos el uno al otro con el amor natural, porque también así se aman las tórtolas; no es decir nada, amaos con el amor humano, porque así se amaron los paganos; pero yo os digo con el gran Apóstol:— Maridos, amad á vuestras mujeres, como Cristo ama á su Iglesia; mujeres, amad á vuestros maridos, como la Iglesia ama al Salvador.— Dios fué quien presentó á Eva, á nuestro primer padre Adán y se la entregó por mujer: también Dios, con su mano invisible, ha hecho el lazo sagrado de vuestro matrimonio, y os ha dado los unos á los otros, para que os améis con un amor santo, completamente sagrado y divino (4).»

Así, pues, el amor plenamente santo, sagrado y divino, de que habla el santo Doctor, debe ser el amor del cristiano, y más puro, más elevado que todos los demás afectos humanos. Como el hombre prudente, el cristiano va directamente en busca de la hermosura escondida: pero no es sólo la hermosura humana del espíritu, del corazón, del carácter y de las virtudes naturales, lo que debe amar, sinó que con su mirada profunda, busca en el alma la hermosura sobrenatural, que recibe la irradiación de las luces sobrenaturales de Dios y de la comunicación íntima de su vida.

Es sin duda un gran bien, para una inteligencia recta, el estar adornada de los conocimientos naturales, que le señalan cierto rango y cierta distinción en el mundo de los espíritus; pero sin embargo, es un bien mucho mayor, el conocimiento de las verdades santas que Dios ha revelado al mundo, la fe que hace creer en estas verdades.

La ignorancia de mil y mil cosas humanas, está abundante-

mente compensada con la soberana ciencia de las cosas divinas, que nos prepara para las ciencias celestiales. Añádase, que si la cultura del espíritu dispone ordinariamente el corazón á sentimientos nobles y elevados, arrebatándole aun más y más las verdades de la fe, que todos los conocimientos de que es capaz la razón humana. Saber lo que Dios desea, lo que Dios quiere, lo que ha hecho por nuestra pobre humanidad, saberlo por la autoridad de su propia palabra, tener constantemente á nuestros ojos todos los misterios, sobre los cuales se levanta triunfante el santo temor de Dios, ó contemplar su amor rebosando en toda clase de manifestaciones, ¿no es para el alma humana, la fuente de un profundo respeto á todos los deberes, de todos los sentimientos, más delicados, más tiernos y más generosos?

He ahí lo que desea y apetece encontrar el cristiano, que une su vida á otra vida. La hermosura sobrenatural, le parece la más envidiable de todas las beldades: la armonía de las divinas luces que le iluminan, los sentimientos divinos también que le animan, acordes con iguales luces y sentimientos, es para su amor una más segura garantía de la duración de los bienes naturales, con que se satisface el amor del hombre sensato. Cuando dos cristianos se han unido con espíritu creyente, se miran á la luz de la gracia que han recibido del sacramento; lo que une más íntimamente el uno al otro, lo que les estrecha aun más, es su divina analogía: ambos son iluminados por el Verbo de Dios, engendrados espiritualmente por el mismo Dios, marcados ambos con el sello de Dios, ambos templo de Dios y santuarios de su Espíritu (5). Sus mismos cuerpos, todos los miembros de su cuerpo, son el cuerpo y los miembros de Cristo, (6), instrumentos de santidad en los cuales reside el Espíritu de Dios (7). ¡Ah! ojalá comprendan bien las palabras del Apóstol: «*Maridos, amad á vuestras mujeres, como Cristo ama á la Iglesia su esposa: mujeres, amad á vuestros maridos, como la Iglesia ama á Cristo su esposo* (8).» Este es el amor puro, en su más bella expresión.

No hay necesidad de ir á buscar muy lejos, las consecuencias de este amor: se adivinan fácilmente. Los esposos cristianos, unidos por la gracia con bienes de orden divino, comprenden mejor que nadie lo grosero de los apetitos que atormentan á la carne, y la fragilidad de los encantos que seducen á los ojos y arrebatan á la imaginación. Fácilmente se ponen de acuerdo con

el Apóstol, *para no poseer las fuentes de la vida, sino honrada y santamente* (9), y con la Sabiduría eterna, para dar poca importancia á lo que ésta llama, los *falaces encantos y la vana hermosura de las formas exteriores* (10). Todo es en ellos prudencia, discreción, profundo respeto del uno al otro, en el uso de sus derechos más delicados y más trascendentales; no se ofende nunca á las leyes santas, que regulan la participación de las criaturas racionales en la paternidad de Dios: saben que el matrimonio es, según la exquisita definición de S. Francisco de Sales, —«el plantel del cristianismo, que llena la tierra de fieles, para aumentar en el cielo el número de los escogidos (11):»—tienen el valor de imponerse religiosas abstinencias, cuando no se puede alcanzar el fin: conocen que en medio de las legítimas ternuras del amor, cerca del remedio permitido á los apetitos de la carne, la castidad no debe ser una palabra vana. Prudencia, discreción, respeto, todo conspira para el cumplimiento de este precepto del Apóstol: *«que vuestra unión sea honesta, é inmaculado vuestro lecho nupcial* (2).»

Tal es el perfeccionamiento del amor, purificado con la gracia del sacramento. Esta es á nuestro entender, la más sólida garantía de la fidelidad de que vamos á hablar.

§ II.

CÓMO LA GRACIA HACE FIEL, AL AMOR

Al tratar de la indisolubilidad del lazo conyugal, hicimos notar, que el verdadero amor tiende á la estabilidad. Se acusaría á éste de engaño, si tuviese el propósito de recobrar la libertad, después de haberla entregado, ya que no se expresa bien sino cuando dice: — «Soy tuyo como tú eres mío, y todo tuyo y para siempre. ¡Siempre! palabra vana, dice amargamente un poeta antiguo, que es necesario escribir sobre las móviles ondulaciones del viento y la rápida corriente de las aguas:

«In vento et rápida scribere oportet aqua.»

No obstante, debe creerse que los juramentos de fidelidad son generalmente sinceros, aun entre aquellos que no han tomado todas las precauciones, para guardarlos como es debido.

Se quiere amar siempre: pero por desgracia, la pobre naturaleza humana es inconstante. Las ilusiones que ésta se hace, le exponen á fáciles y numerosos desencantos: muy pronto se cansa de lo que ama, desde que ve que los encantos se marchitan, ó se habitúa á las cualidades de orden puramente humano, casi siempre debilitadas por una multitud de imperfecciones ó defectos. Es muy fácil decir que se ha comprometido la palabra de honor, pero esta palabra resiste muy poco contra el choque violento, que recibe el amor desencantado con ciertas revelaciones inesperadas, y sobre todo ante ciertas tentaciones contra las cuales no se está bien preparado.

Es necesario decirlo: si las mismas imperfecciones de los que se casan, son las enemigas de su felicidad, agrávanse considerablemente bajo la acción de las perniciosas influencias que les asedian por todos lados. El mundo es más que indulgente para los crímenes que deshonan la unión conyugal: sólo considera debilidades, lo que son verdaderas traiciones; califica de heridas leves, lo que son verdaderas heridas mortales. El teatro y la literatura contribuyen á formar esta opinión, dándola aún más peso para poder aplastar á las almas débiles. Si no hay quejas más serias contra el perjurio y el adulterio, es porque se invocan y aumentan las circunstancias atenuantes que pueden excusarlos y aun justificarlos: todo se excusa bajo el pretexto de un capricho, ó de una situación dramática: los ofendidos son tan ridiculizados, como que no reciben sinó lo que merecen, se dice, y los infieles, son siempre seres interesantes, héroes algunas veces, que excitan la admiración, cuando no arrancan lágrimas insensatas. Nada tiene, pues, de extraño, que estas inmoralidades exciten las pasiones de lo que se llaman gente honrada: pero lo que es un exceso y un escándalo, es que algunos maridos sean tan imbéciles (para no darles peor calificativo), que acompañen á sus esposas á estas escuelas de infidelidad, y cooperen á su desmoralización. Así sucede que en algunas fiestas mundanas, en las cuales el afán de agradar, la desvergüenza de la moda, la imprudencia de las lisonjas, la libertad de las conversaciones, la fiebre del placer, abren la puerta á inclinaciones ó intrigas que apartan el corazón de sus legítimos afectos, y le inducen á faltar á los juramentos.

A estas causas, más bien que á propósitos licenciosos ó cálculos malvados, debemos en gran parte, las infidelidades de co-

razones que se juraron amor eterno al unirse ante el altar. Escandalosas infidelidades, cuyas inevitables consecuencias son la deshonra, la desorganización y la ruina de las familias; infidelidades disfrazadas con las conveniencias, en el fondo de las cuales germinan la desconfianza, los recelos, el desafecto y el fastidio; infidelidades reguladas, en las cuales la pasión se erige en hábito ó necesidad; infidelidades pasajeras, que no destruyen el alma de aquellos á quienes se hace traición, pero que convierten al traidor en indigno del amor, y le hacen sonrojar. Es innecesario enumerarlas ó describirlas: basta lo dicho para conocerlas, y exigir de los culpables un examen de conciencia.

No queremos con esto decir, que en el matrimonio sólo hay infieles: esto sería desmentir á la experiencia que nos ha suministrado el conocimiento de las almas. A pesar de la inconstancia del corazón humano y de la deletérea influencia del centro en que viven sus afectos, gracias á Dios, hay esposos que saben guardar sus juramentos y su fidelidad. ¡Pero cuán raros son, sobre todo, cuando su amor no ha sido perfeccionado por la gracia del sacramento!

Esta gracia es la salvaguardia y la honra del cristiano. Prepárase á ella, con el exquisito cuidado con que vigila su corazón. Su joven naturaleza le inclina á los amores fáciles, para los cuales el mundo tiene tanta indulgencia; pero quiere ser fiel, aun antes de empeñar su palabra, á la mujer para la cual se ha reservado, escucha con piadosa atención y sigue con perseverante docilidad, estos consejos de la divina sabiduría... No des á mujer alguna dominio sobre tu alma (13).—Vuelve la cara á aquella que se propone seducirte (14).—No te trates con la bailarina, ni la des oídos, sino quieres caer en sus ardides (15).—Antes de entregar para siempre su amor, á nadie lo ha ofrecido: en cambio de la virginidad que va á sacrificársele, él quiere ofrecer también una vida sin tacha. Sólo ante Dios, dice á la que escoge:—Soy todo tuyo,— y cuando lo ha dicho, la gracia se apodera de su amor y de su juramento, para fortalecer á ambos contra los peligros que dentro y fuera amenazan la fidelidad conyugal. Luz y fuerza, la gracia del sacramento señala al esposo cristiano su deber, le liga al mismo, y le enseña á desconfiar de sus enemigos.

Un hombre honrado, no ve en el lazo conyugal, sinó la palabra que ha dado y la que ha recibido. Repugna á su conciencia

el romper ese enlace de ambas promesas, porque es hacer dos veces traición á la confianza de otro en el más respetable de los contratos: la confianza con la cual una vida humana se le ha entregado, y la confianza con la cual esta otra ha aceptado esta donación. En una palabra, el deber de la fidelidad queda reducido para él, al respeto de un compromiso de honor.—El cristiano va más adelante aún en el misterio de su unión: no sólo considera la palabra que empeña y la que recibe, sino también la poderosa autoridad de Dios que les une, y hace del lazo conyugal como una triple cadena, que ninguna fuerza humana puede romper. Dios, es quien oye los juramentos de amor, Dios quien los recibe, Dios quien los aprueba, y Dios quien los confirma. Así, pues, no se puede faltar á la fidelidad, sin ofender á este sér sagrado é invisible, que da al matrimonio su carácter religioso. Recordemos una vez más, que no es un contrato vulgar el que se celebra ante su presencia y con su concurso, sino un acto sacerdotal: he ahí cómo la infidelidad es una falta monstruosa y sacrilega, de un sacerdote que el mismo profana un misterio, del cual es autor y dispensador. He ahí, cómo no es sólo el honor puramente humano, el que se rebela en la conciencia del consorte cristiano á la simple idea de la infidelidad, sino que se ofende á la santa justicia del hijo y del ministro de Dios.

Illuminado por la gracia del sacramento acerca su deber, el esposo cristiano se une, se fija á él con fortaleza y constancia, á pesar de las sorpresas y las contrariedades que conspiran para que lo olvide. El desencanto, que no deja refugio alguno á la fidelidad del hombre honrado, y se convierte para él en la más formidable y la más peligrosa de las tentaciones, no destruye en un corazón perfeccionado por la gracia, los móviles más puros de su amor. Al través de las imperfecciones, los defectos, y las tristes sombras de la vida, que el matrimonio ha asociado á la suya propia, el cristiano ve siempre un alma marcada con el sello de Dios, un alma rescatada con la sangre de Dios, un alma incorporada á Dios Cristo, un alma que forma como parte del mismo, un alma á quien hay que amar más que á todas las otras almas, para conducirla de nuevo al bien, si se extravía, para salvarla si va á perderse. El corazón del esposo cristiano puede estar desilusionado, hastiado, herido, desgarrado, pero siempre es un corazón fiel.

La gracia le une al deber, pero al propio tiempo le fortalece contra las malditas influencias, que tienden á corromper su fidelidad. Tiene el instinto del peligro, desconfía de la opinión, de los espectáculos, de las lecturas y las fiestas, que no hieren el sentido cristiano, sino para pervertir el sentido del honor. Todo lo que excusa, halaga ó justifica las debilidades y las traiciones del amor, mortifican su religiosa delicadeza: una sola mirada, un simple pensamiento, un solo deseo, le inquietan y atormentan, porque por la ciencia Divina sabe, *que antes de haber entregado el cuerpo, se puede ser ya adúltero en el corazón* (16). Una mirada, un deseo es bastante para hacer infiel al amor.

¡Oh, santa pureza! ¡Oh, santa fidelidad del amor conyugal! ¿Dónde estáis? ¿Será necesario renunciar á encontraros en el mundo?—No.—Hemos visto uniones benditas, en las cuales la gracia, aun existiendo sombras y debilidades, que atestiguan la imperfección de una naturaleza degradada por el pecado, hace resplandecer su luz divina y multiplica las maravillas de su fortaleza. El amor puro, conserva el respeto de la dignidad humana y de la prerogativa sobrenatural con que Dios la ha adornado: en este campo fértil, en que la ley de la reproducción se cumple perfectamente, vese una cosa que admira, vese florecer la modestia, el pudor, la continencia, la castidad. En él no hay sospechas ni recelos: los corazones están tan unidos el uno al otro, que se compenetran de mutua confianza. La ausencia no les separa; se buscan desde lejos; con el recuerdo invocan la imagen querida del sér amado, y esto es bastante para cubrirse con un velo impenetrable, contra todas las seducciones, enemigas de su fidelidad: esperan con impaciencia los alegres regresos, que acrecientan aún su amor. Estós corazones ven sin tristeza y sin pesar, cómo se marchitan los encantos que sólo hablan á los sentidos, porque la belleza inmaterial que les atrae, aumenta con la virtud y la gracia de Dios. Los crueles golpes que causa la muerte, no triunfan de su profundo afecto: sometiéndose á la voluntad de Dios, que les condena á sobrevivir, guardan el culto del que falleció, y el incienso de este culto, es la dulce esperanza de encontrarse juntos en la eternidad. ¿Por qué no ha de ser recompensada su fidelidad? ¿por qué el amor que no ha querido romper su cadena, no ha de poder gozar del corazón al cual estuvo absolutamente consagrado? Cristo ha dicho que en el cielo no habrá

matrimonio; pero nos da á entender, que se trata sólo de la unión carnal, rota para siempre por la muerte; lo que persevera es lo que hay de espiritual en nuestra naturaleza, la unión de los corazones. Las preferencias que la Iglesia ha tenido siempre para el estado de viudez, nos hacen prometer que los amores fieles se encontrarán en la otra vida, y que Dios les permitirá intimidades tanto más dulces y profundas, cuanto que estarán seguros de la eternidad.

Que no se nos diga, que estas uniones son demasiado perfectas, ni que hemos exagerado caprichosamente la perfección del amor conyugal. No debíamos predicar una moral templada, que se acomodase un tanto á las contemporizaciones que el espíritu del siglo ha introducido en el matrimonio, sino que era necesario sacar las conclusiones prácticas del dogma que hemos expuesto, y presentarlas vivas, cuando la gracia despliega toda su eficacia. Si todas las uniones se asemejasen al tipo cristiano que acabamos de describir, deberíamos dar mil gracias á Dios. Pero, ¡ay! es de temer que el amor puro y fiel, no exista en muchos hogares, ó que no se encuentre sinó en el corazón de una mujer, con frecuencia ultrajado por las faltas de aquel á quien ama. ¡Que los que se consideren culpables, no dejen perpetuar este desorden y llevar adelante esta injusticia! La gracia del sacramento no está muerta: tiene vivas sus raíces en el lazo que los une: de ellos depende hacerla revivir en sus efectos, con el arrepentimiento y la oración: cuando ellos quieran, ella purificará y fortalecerá sus corazones. Que no esperen, no, la estéril decrepitud, para someterse á las santas leyes del amor cristiano; sino que desde ahora, empiecen á borrar las manchas y á reparar los males, de uniones que han deshonorado y afligido, con sus impurezas y sus infidelidades.